

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

PUNTO DE VISTA

\*MARCELA ORTIZ B.

## Los gays de San Francisco



En mi reciente viaje a los EE.UU. conversé con un amigo norteamericano. Por el tiempo transcurrido desde la última vez que nos vimos la charla se vuelve nostálgica. "Algo que me molesta -me dice mi amigo- es cómo ha cambiado el significado de algunas palabras en inglés. Ya no podemos decir, por ejemplo, parafraseando una antigua y romántica canción, *the time when we are young and gay* (el tiempo en que éramos jóvenes y alegres). Si una persona menor que yo me oye decir eso ahora, entendería que añoro los tiempos en que éramos jóvenes y homosexuales".

Y así es. Después de ser nombrados por distintos moteos insultantes y despectivos, hoy a los homosexuales se los denomina universalmente como *gays*. El término fue acuñado en San Francisco, donde existe la mayor y más activa población de homosexuales de los Estados Unidos. Ahí nació el movimiento de reivindicación *gay*, cuyo principal objetivo es terminar con la discriminación que de ellos se hace en razón de sus preferencias sexuales.

En San Francisco han obtenido varios logros: ninguna autoridad de elección popular de la ciudad puede prescindir del apoyo de los *gays* y son numerosos los que ostentan cargos públicos, justamente por serlo. No es de extrañar, entonces, que en esa ciudad, la de un diseño urbanístico que es sin duda el más bello de las ciudades norteamericanas, exista un barrio habitado exclusivamente por una población de *gays* y lesbianas. El nombre del barrio es Castro.

En mi primera visita a San Francisco hice lo que todo turista debe hacer al llegar a una ciudad que no conoce, esto es, tomar un tour por la ciudad. En un momento, el bus se detuvo en una esquina y el guía nos indicó que en la calle que se iniciaba frente a nosotros comenzaba Castro. Dio alguna reseña del barrio y el bus siguió por otra ruta. Pregunté por qué esa calle no estaba comprendida en la visita a la ciudad y se me respondió que los habitantes del barrio habían obtenido de las autoridades municipales que no se permitiera el tránsito de ningún vehículo con capacidad para más de cinco pasaje-

ros. Así los *gays* protegían su privacidad y evitaban ser observados como pájaros raros. Me pareció plausible la explicación, pero la curiosidad me picó. Ahí mismo, mi esposa y yo convinimos que al día siguiente iríamos a visitar Castro como simples peatones.

La experiencia que habíamos tenido visitando barrios frecuentados por homosexuales en otras ciudades, era el observar una actitud algo agresiva de los *gays*, buscando escandalizar con sus actitudes a los turistas que visitaban el lugar. Sabiéndose discriminados, reaccionaban tratando de afirmar, con desenfado, su identidad.

Nada de eso encontramos, sin embargo, en nuestra visita a Castro. Lo primero que llama la atención es la belleza de las casas con sus *bow windows*, característica de la arquitectura tradicional de San Francisco, pintadas de bellos y armónicos colores. Jardines cuidados con esmero, con toda variedad de flores. Aparentemente y, a primera vista, el barrio parece un suburbio habitado por bien acomodados burgueses. En una casa flamea una banderola con los colores del arco iris, y nuestra primera reacción es creer que pertenece a un chileno que trajo consigo el emblema de la campaña del No; al advertir que la banderola flamea en una gran cantidad de casas, recuerdo que el arco iris es el emblema *gay*. Los transeúntes que pasan por nuestro lado son generalmente parejas, muchos tomados de la mano o abrazados. Son parejas del mismo sexo, pero no hay en ellos una actitud ni de desafío ni de agresividad. Son simplemente parejas de personas que se quieren.

La paz y belleza de ese barrio nos hacen reflexionar, por contraposición, en las sórdidas historias de crímenes y chantajes que, en otras partes, también en Chile, envuelven la vida de algunos homosexuales y que es, justamente, el resultado de la discriminación, el repudio y los prejuicios que concitan en parte de la sociedad.

Y nos alejamos de Castro, sumidos en esta reflexión.

\* Dramaturgo.

## Haití: la estrategia norteamericana

En 1986, EE.UU. "sacó" al dictador Jean-Claude Duvalier de Haití y lo embarcó rumbo a Francia. Hoy, planea una invasión a ese país para sacar al dictador Raoul Cedras. Por cierto que hay diferencias entre ambos episodios. En 1986, EE.UU. sólo tuvo que facilitar la salida de Baby Doc y, para ello, puso un helicóptero militar a su disposición. En realidad, a Jean-Claude sólo le quedaba huir del país: en las calles estaba el pueblo haitiano iracundo. El helicóptero le salvó la vida, mientras muchos de sus fieles "tonton-macoutes" eran perseguidos o linchados por la muchedumbre deseosa de hacerse justicia por su propia mano, tal vez la única conocida luego de más de tres décadas de dictadura duvalierista.

La oferta estadounidense, en todo caso, era la misma de hoy: permitir a los haitianos la construcción de la democracia. Pero ¿qué sucedió con esa posibilidad, luego de la huida de Baby Doc? Al incipiente desarrollo de las organizaciones sociales, se añadió una lucha por el poder dentro de los militares, potenciada por la corrupción -donde el narcotráfico y el contrabando no estuvieron ausentes- lo que produjo una serie de golpes de palacio.

Las primeras elecciones democráticas prometidas por los militares fueron postergadas una y otra vez, hasta que finalmente tuvieron lugar en 1990. El resto es historia más reciente: Jean-Bertrand Aristide, el sacerdote castigado por el Vaticano por implicarse en política contingente, el único líder en el cual confiaba el pueblo haitiano, triunfó en las elecciones de ese año. En 1991, fue derrocado y expulsado del país por Raoul Cedras.

No era difícil darse cuenta de que la sola salida de Baby Doc no iba a conseguir la democracia para Haití, sobre todo si los militares que accedieron al poder estaban deseosos de quedarse, después de décadas en que estuvieron marginados por el favoritismo de los Duvalier hacia su guardia privada.

Aristide emprendió una dolorosa y prolon-

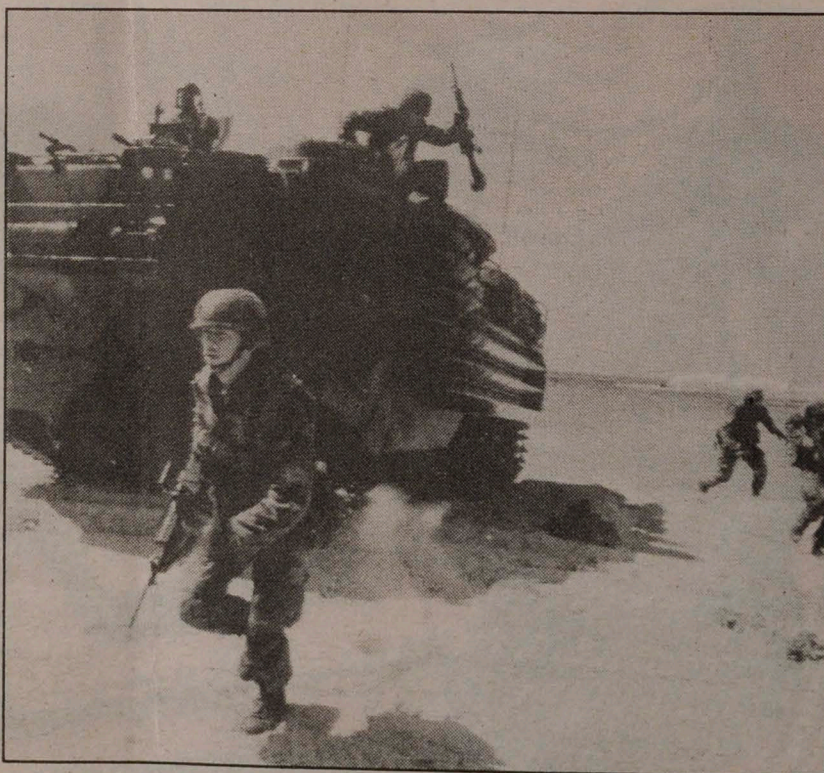
gada gira por las capitales de los países poderosos, intentando encontrar apoyo para regresar al país y desplazar a los militares del gobierno. Apenas fue escuchado. Sólo lo logró después de tres años cuando, por la intermediación norteamericana, Aristide y Cedras negociaron en Nueva York, los acuerdos que posteriormente este último desconoció.

¿Por qué quiere ahora el gobierno de Clinton el regreso de Aristide? Dos razones saltan a la vista: no está dispuesto a seguir enfrentando las oleadas de refugiados hambrientos -muchos de ellos enfermos de Sida- que comenzaron a llegar a sus costas durante el gobierno de Bush. Ni siquiera dispuesto a recibirlos en su base de Guantánamo, ni tampoco a seguir siendo enjuiciado por los organismos de derechos humanos internos y externos por el trato otorgado a los haitianos. La mayoría de ellos son actualmente devueltos a Haití en las peores condiciones y uno se puede imaginar qué tipo de acogida reciben: los informes de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos permiten apreciar la magnitud de las atrocidades cometidas por los militares haitianos.

La segunda razón evidente que moviliza hoy a Washington para "devolver la democracia" a Haití es que las fuerzas que apoyaron a Aristide ya no tienen la potencia de hace tres años. Muchas de sus organizaciones han sido diezmadas por los militares e importantes dirigentes han sido asesinados o están en presos. No será fácil reconstruir el movimiento de comunidades de base que apoyaba a Aristide en 1990, un frente influido por la izquierda y que mantenía posiciones que no eran del agrado de Washington.

La eventual invasión facultaría a EE.UU. para profesionalizar a su manera el Ejército haitiano y establecer nuevas fuerzas policiales. Además, para ofrecer "asistencia" al gobierno legítimo en la mantención del orden y la ley: es decir, el control sobre unos y otros. En definitiva, por muchas ganas de ver fuera del poder a los militares haitianos, sería una muestra de ingenuidad (o perversidad) creer que se pueden planificar así una estrategia de paz y democracia. O que las invasiones realizadas por EE.UU. en el continente han traído justicia y libertad a sus pueblos. O que el Consejo de Seguridad de la ONU es infalible. Los próximos acontecimientos traerán la respuesta.

\* Periodista.



## Los hechos consumados

El asunto es como una ley. Similar a la del embudo y tan efectiva como la de la gravedad. Y es un asunto grave.

Chile vive y sobrevive a una situación continuada de "hechos consumados", resistiéndolos estoicamente en sus efectos.

Recordemos algunos para confirmar "la regla":

-El terminal de buses de "Los

PALABRA DE

LECTOR

Héroes", en pleno centro de la capital, no cumplía al momento de su construcción los requisitos para ello. Está funcionando sin problemas.

-Los pensionados del país todavía reclaman por la ley "del despojo",

que los hizo perder un 10,6 por ciento de sus entradas, hecho consumado en 1985. El porcentaje lo repuso el Presidente Aylwin, pero existe un "hoyo negro" de 7 años en que no recibieron el beneficio legal. Ahora dicen que no hay dinero para devolver o siquiera compensarlos por tan abusiva medida del gobierno militar.

-En los tiempos actuales, está el caso del general Stange. El Presidente Frei le pidió, por razones muy valederas, que dejara el cargo de ge-

neral director de Carabineros. El decide que debe seguir. De nada valieron grabaciones acusatorias, ni dictámenes judiciales.

-Un malísimo ejemplo fue el golpe militar de 1973. Se consumó con el beneplácito y complicidad de la derecha y de los EE.UU. Hubo un despiadado régimen dictatorial de casi 17 años que costó muchos muertos (pocos, según Pinochet, en una población de 13 millones).

-Para Haití habrá invasión y casti-

go para los militares golpistas. En Chile, aplausos, por ya sabemos quienes.

Son los hechos consumados, que en Chile son frecuentes y que por ser tales, gozan de buena salud y no poca aprobación.

Pero que son abusivos, arbitrarios, y contrarios a una verdadera convivencia democrática, no cabe duda.

Mario González SANTIAGO